

'El mejor patrimonio de Europa es la memoria'



Zoe Rodríguez

Antonio Lucas | Zoe Rodríguez | Ibiza

Actualizado domingo 06/05/2012 **03:54 horas**

A 5.000 metros de altitud toda percepción adquiere un calambre distinto, una rara suspensión. Incluso ingravidez. También una demora casi placentera. Miquel Barceló descubrió en el Himalaya algo de todo esto. Comenzó a viajar y a caminar por las montañas hace dos o tres veranos, cuando se complicó la posibilidad de ir a su casa de Mali por la guerra civil que sufre el país. De aquellas aventuras por las cumbres del mundo el artista ha extraído un conjunto de cuadernos, publicados en un solo volumen en París por la editorial Gallimard, y otros dibujos, inéditos hasta ahora, con los que ha apoyado la reapertura del Museo de Arte Contemporáneo de Ibiza (Mace). Papeles que exhibe en una muestra, de la que es comisario Enrique Juncosa, junto a una selección de sus últimas piezas cerámicas en diálogo con la obra del escultor galés Barry Flanagan.

Pregunta.- Visto así, más allá del intenso color, estas obras tienen un tono parecido al de sus cuadernos de África...

Respuesta.- Sin duda. Estos papeles serían el equivalente a mis pinturas africanas, pero hechos a 4.000 o 5.000 metros de altitud. He estado los dos o tres últimos veranos por allá ante la imposibilidad de regresar a Mali por la guerra civil que atraviesa el país. Y el resultado de ese contacto está en esta parte de obra nueva y, hasta ahora, inédita.

P.- ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en Mali?

R.- Pasé una temporada larga hace dos años, cuando rodamos la película de Isaki Lacuesta, 'Los pasos dobles'. Pero la situación, por entonces, ya era bastante complicada. Había muchos secuestros. Regresé el año pasado, para vigilar mis cosas, pero no pude quedarme más de un mes trabajando. Tenía una sensación que nunca había tenido allá: la de peligro constante, algo que hace muy difícil la concentración para trabajar.

P.- ¿Y por qué el Himalaya?

R.- Me suscitaba una enorme curiosidad. No conocía el Himalaya, ni La India. Y me ha entusiasmado ese mundo budista, tántrico... Encontré muy rápido algo inesperado: una suerte de contacto con el animismo de los Dogones, que conozco bien. Orientales y africanos desarrollan una misma forma atávica de estar en el mundo.

P.- ¿Cómo se aprecia desde allá la situación social y económica en Europa?

R.- No se ve. O digamos que a mí no me importaba demasiado verla. A los lugares donde yo viajé las noticias llegaban muy pocas veces y casi siempre con dos o tres semanas de retraso. Iba sin teléfono y eso facilita mucho la voluntad de extravío. Además, cuando salgo no tengo gran necesidad de saber puntualmente lo que está sucediendo. En África me he acostumbrado a tener noticias muy de vez en cuando. Es un buen ritmo para mí.

P.- ¿Le ayuda a preservar lo importante?

R.- Sin duda. Y te hace entender que todo funciona igual de bien sin nuestra intervención. Es una buena cura para la vanidad. Entiendes que aunque dejes de actuar sobre el mundo, éste sigue su ritmo. Que nadie es imprescindible y son muy pocos los que te echan de menos.

P.- Le vendría bien esa terapia a algunos gurús del arte contemporáneo.

R.- Bueno, no sé. Lo que aprendes cuando te adentras en otras culturas tan distintas a las nuestras es que lo que realmente tiene valor es la obra cuando ésta existe ya por sí sola y hace su camino sin necesidad del artista.

P.- A 5.000 metros toda percepción cambia...

R.- Claro, yo estoy acostumbrado a la montaña de mi casa de Mallorca, que tiene 519 metros. Lo del Himalaya es algo brutal y muy distinto a lo que he vivido. Luego está el mal de altura, que tiene un efecto muy curioso en el pensamiento. Al perder energía te concentras mucho. Se nota la falta de presión. Es lo contrario de la sensación de bucear, donde la presión es enorme. Aquí el pensamiento se ensancha. No sé. Es algo muy especial.

P.- ¿Y cómo ha convivido con esa religión blanda que es el budismo?

R.- Bueno, no llamaría al budismo exactamente una religión. Es más una forma de estar en el mundo, una organización espiritual y socioeconómica. No tienen el concepto de pecado. Ni el sentido estricto del culto de catolicismo. Y tampoco desarrollan una actitud proselitista. Eso es lo más importante. Nadie te intenta convencer de nada.

P.- ¿De qué modo se integra todo eso en su obra?

R.- No sé. Lo voy descubriendo poco a poco, porque siempre he tenido un cierto pánico a hacer orientalismo. Aunque asumo los riesgos de querer pintar todo aquello que me encuentro y resulta nuevo para mí.